

Sin embargo de estos tristes é inevitables excesos de la barbarie que manifiestan bien lo que debió esperarse de la época que los produjo si hubiese estado privada de la luz cristiana, los pueblos no dejaron de seguir el curso de sus adelantos en la vía de la civilización moral é intelectual. Engrandeciéndose por el incentivo de la libertad individual, se constituyen en naciones poderosas en toda la Europa. Después de haber conquistado todos los derechos de la vida civil, se esfuerzan á elevarse hasta la altura de la vida política y suben á ella por grados. Ya San Luis llama á los diputados de algunas ciudades al consejo de los barones, y Felipe el Bueno convoca los primeros estados generales del reino. En Inglaterra, la Carta impuesta al rey Juan, asegura á la nación la libertad de las personas y de las propiedades, el libre voto del impuesto y otras muchas prerogativas: ábrese el parlamento á los diputados de los condados, la cámara de los comunes se establece, y su consentimiento viene á ser indispensable para la imposición de las cargas públicas. Las ciudades libres de Italia tienen también sus magistrados electivos, su consejo soberano y sus asambleas del pueblo. En Alemania los estados del imperio ó dieta general, compuestos de obispos y de todos los órdenes de la nobleza, admiten en su seno á los diputados de las ciudades inmediatas que bajo el reinado de Adolfo de Nassau, ejercieron el derecho de sufragio. En España desde el siglo duodécimo, los comunes forman parte de las Cortes de Aragon y de Castilla, que votan el impuesto y usan del poder legislativo. Ese país adelanta á los demás en libertades políticas, y el gobierno representativo aparece allí con toda su fuerza, cuando en los otros no está todavía sino en sus primeros elementos.<sup>1</sup>

¿Podría creerse que, durante este movimiento de ascenso tan activo hácia la perfección social, ningún atractivo indujese al espíritu humano á engrandecerse en el dominio de las ciencias, de las artes y de la industria? Además de que esta

<sup>1</sup> Véase Michelet, *Hist. de la Edad Media*.

opinión sería muy poco verosímil, ella no se conformaría en manera alguna con la verdad de la historia. Hubo un tiempo en que podía ser bien recibido el presentar á la Edad Media como una época de fanatismo salvaje y de embrutecimiento intelectual; pero estudios más profundos y concienzudos han disipado injustas preocupaciones y hecho callar declamaciones hostiles. Es necesario desconocer de cuánta falsedad y mala fé ha sido siempre capaz el espíritu de partido y sobre todo el espíritu de impiedad, para poder admirarse de que una época tan fecunda y gloriosa entre todas, haya podido ser indignamente desfigurada y odiosamente ultrajada hasta por los mismos que habían heredado su gloria y el fruto de sus trabajos. Porque, en fin, ¿no poseemos en medio de nosotros, y no ocultos bajo de tierra ó sepultados en el polvo de los museos, sino espuestos al claro sol del medio día numerosos y magníficos monumentos que se levantan como irrecusables testigos y revelan altamente la ciencia, la poesía, el genio, el gusto de las edades que los erigieron? ¿Id á visitar una de esas admirables catedrales, esparcidas por toda la superficie del suelo europeo, y en presencia de su obra, preguntad al pasado. Se necesitaban siglos para edificarla; ¿pero qué importa? príncipes, obispos, religiosos, guerreros, hombres, mujeres, ancianos, niños, acometen valerosamente la empresa unidos todos, en un mismo pensamiento, en un mismo entusiasmo llevan su piedra á la casa del Señor. ¿No os parece que el arquitecto que concibió ese plan gigantesco tan bien proporcionado en todas sus partes, y que los artistas que lo ejecutaron debían tener algún talento? Considerad esa variedad infinita de labores, de festones, de capiteles, de torsos; esas columnas apareadas tan libres, tan esbeltas y además de eso tan sólidas; esos follajes, esas estatuas, esos arabescos, esas esculturas delicadas y decid si fueron manos inhábiles las que así hicieron obedecer la piedra al pensamiento? Preguntad á esas grandes figuras todavía en pié, y á la majestad de la forma, á la sobriedad del ropaje, á la no-

bleza de la actitud, á la expresion, sobre todo, del busto, y veréis lo que dicen á vuestra alma! Penetrad luego en el interior del edificio y veréis á todas las artes salir á vuestro encuentro. Admiraréis las obras maestras de la pintura, de la escultura, de la ebanistería, del mosaico, de la platería, de la tapicería; las resplandecientes vidrieras, las graciosas figurillas, las maderas laboriosamente cinceladas; los candelabros, los incensarios, las cruces, los relicarios, los vasos de oro, los libros de iglesia, los ornamentos de los sacerdotes, todos los objetos, en fin, en que á lo mas concluido del trabajo se reúne lo mas rico de la materia. ¡Con cuánta emocion no palpitará vuestra alma, si repentinamente se ofreciese á vuestros ojos toda la magnificencia de las solemnidades antiguas; si se os apareciesen todas esas generaciones en el recogimiento del amor y de la oracion, y si oyeseis el canto de los himnos religiosos, la voz sonora y armoniosa del órgano, y si algun San Bernardo subiendo á la cátedra sagrada hiciese descender la verdad á los corazones con todo el poder y todo el encanto de la elocuencia! A la vista de esos príncipes, de esos caballeros, de ese pueblo lleno de fé y de entusiasmo, unidos en un sublime y religioso pensamiento, poseido al momento de un transporte desconocido, esclamariais con ellos: ¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!

Muy lejos está ciertamente de nuestro pensamiento, el abatir el arte pagano; la expresion de lo bello, haciendo honor á la inteligencia humana, se remonta siempre al Divino autor de esta inteligencia; pero sí se puede con toda verdad decir, que el fondo provoca la forma y el sentimiento produce la inspiracion: será justo concluir en que el cristianismo ha debido ejercer sobre el arte una influencia mas dichosa que el paganismo. El ilustre autor del *Genio del Cristianismo* ha revestido esta verdad de una evidencia tan manifiesta, que no encuentra hoy ninguno que la contradiga. No podría sin duda desconocerse, el toque fino, la simetría, las felices proporciones, el buen gusto del arte griego y romano; pero la

perfeccion que le distingue es una perfeccion material y fria, que no comueve el corazon, que no absorbe el pensamiento en una muda y profunda contemplacion. Recorred los escritos de los poetas mas famosos de la antigüedad, y muy rara vez encontraréis en ellos una página bastante tierna para que al recorrerla vuestros ojos vengan las lágrimas á humedecerlos; considerad sus obras maestras de escultura y arquitectura y experimentaréis una admiracion plástica, pero no sentiréis nada en vuestro interior. Con el arte cristiano, por el contrario, el arte no tiene mas que seguir la idea para revestirse de un carácter de sencillez, de dulzura, de melancolía, de grandeza, en fin, que haciendo olvidar la obra material, nos encanta, nos conmueve, nos trasporta, nos comunica la sensacion de lo infinito. "Jamás, dice M.<sup>me</sup> de Staël, se entra en las iglesias cristianas sin sentir una emocion que hace bien al alma y le vuelve como por una ablucion santa la fuerza y pureza primitivas."<sup>1</sup> Consideradas, en fin, bajo el punto de vista de la forma, nuestras antiguas catedrales de la Edad Media son la expresion mas sublime de la fé y del genio de esta época. Su aspecto, inspiró á uno de nuestros grandes poetas estos hermosos versos:

" Que j'aime á contempler ces débris magnifiques  
Restes majestueux de ces siècles gothiques  
Ou les peuples croyaient!!! Ces arceaux renversés  
Disent au temps present que, dans ces temps passés  
L'homme savait de l'art affronter les obstacles  
Et, par la foi conduit, enfanter des miracles! "<sup>2</sup>

Sin embargo, la Edad Media no se limitó á construir ca-

<sup>1</sup> De la Alemania, tom. I.

<sup>2</sup> "¡Cuánto goza mi alma en la contemplacion de estas magníficas ruinas, restos majestuosos de esos siglos góticos en que los pueblos creian!!! Estas bóvedas derruidas dicen á la edad presente que en esos tiempos que ya pasaron, el hombre conocia el arte de vencer todos los obstáculos; y que guiado por la fé, sabia producir milagros!"—VICTOR HUGO.

tedrales: ella arrojó con profusion por todas partes los palacios, los castillos, las abadías, los hospitales: y los edificios que quedan aún en pié de esa época, nos imponen por sus grandiosas proporciones y nos admiran por la riqueza y la infinita variedad de sus adornos. Ellos se ofrecen á nuestros ojos como las obras de una raza gigantesca!

Estas pruebas vivas de una actividad sorprendente, en que el elemento intelectual brilla con un esplendor magnífico, bastarian para demostrar que el espíritu humano estaba muy lejos entonces de dormir en un sueño letárgico, si no se supiese por otra parte con cuánto celo se ocupaba en cultivar todas sus facultades y elevarlas hácia las hermosas regiones de la ciencia. La pasión del estudio se habia apoderado de todos los espíritus, y llegó ser tanto mas viva cuanto que nada se omitió para favorecerla y propagarla. Era un deseo ardiente el de disipar las nubes de la ignorancia y estender el círculo de los conocimientos humanos. El abate Guiberto de Nogent asegura, que en su tiempo no habia una ciudad ni una aldea en que no hubiese una escuela en la cual las personas, aun de baja estraccion, podian instruirse.<sup>1</sup> Los clérigos y los religiosos fueron los primeros que en las casas diocesanas y en los conventos, se dedicaron á la enseñanza pública: á su ejemplo algunos seglares formaron en seguida establecimientos particulares. A poco tiempo, en la mayor parte de las ciudades de Europa, se fundaron universidades, de las que muchas llegaron á adquirir gran celebridad: ellas contaban en su seno un gran número de talentos distinguidos. De todas partes acudian para oír sus lecciones; la juventud estudiosa se agrupaba en derredor de sus cátedras. Cuando los estudiantes de la universidad de Paris iban en procesion á San Dionisio, las últimas hileras no habian pasado todavía el dintel de la iglesia de los Maturinos, y ya las primeras estaban en la basílica de la abadía.

<sup>1</sup> Véase á Hurter. *Cuadro de las instituciones de la Edad Media*, tom. III, pág. 400.

De estas escuelas salieron los hombres mas ilustres; ningun siglo ha producido ingenios mas notables que los que brillaron en los siglos duodécimo y décimotercio; ninguno presenta una coleccion mas rica de obras de todo género.<sup>1</sup> La ciencia no menos que la religion, se honra con un San Anselmo, un San Bernardo, un Santo Tomás de Aquino, un San Buenaventura, un Alberto el Grande, Hugo de San Victor, Rogerio Bacon y otros muchos sabios de un mérito superior y de una fama ilustre.

Los que pretenden que la Iglesia sofoca la libertad de discusion, cambiarian tal vez de opinion si supiesen que nunca ha reinado el espíritu de exámen y de análisis como en la época que designamos, si hubiesen sabido que los doctores mas sumisos á la autoridad pontifical no temieron esclarecer con las luces del raciocinio todas las cuestiones del dogma y de la moral. Por lo demas, en este punto como en otros, la Edad Media se defiende con sus obras, y le basta presentar para su justificacion, los numerosos descubrimientos que ha hecho y sus importantes aplicaciones. A ella debemos, en efecto, los órganos, los espejos de cristal, la brújula, la seda, el reloj, las notas musicales, la pintura al óleo, el telescopio, la pólvora, el grabado, la imprenta, sin contar otras muchas cosas de no menor importancia. En el fondo de los claustros, respecto de los cuales se han mostrado tan ingratos é injustos los siglos modernos, era donde frecuentemente se preparaban y combinaban esas maravillosas invenciones que han constituido la superioridad de la civilizacion científica é industrial, y con las cuales hoy nos envanecemos tanto.

Pero á medida que adelantaban los tiempos el deseo del saber se acumulaba y asimismo se redoblabá el ardor por las investigaciones curiosas. Fundábanse bibliotecas y se buscaban con avidéz los antiguos manuscritos; innumerables copistas no podian ya bastar á las exigencias de estudios. Todo se engrandece y se perfecciona. Cimabué habia producido á

<sup>1</sup> Véase la Hist. Liter. de la Francia, IX, I, 2.

Giotto ; Giotto al Perugino ; el Perugino prepara á Rafael y á Miguel Angel; el Dante publica su Divina Comedia y adquiere una inmensa celebridad ; Bocacio es colmado de honores y Petrarca sube en triunfo al Capitolio. Bajo la presion de las ideas que se acumulan, la humanidad no cabe ya en sus antiguos límites y aspira á ensanchar los horizontes material é intelectual. Vasco de Gama encuentra entonces la gran ruta para las Indias ; Colon descubre un nuevo mundo, y Guttemberg ofrece al pensamiento un órgano maravilloso que, mas poderoso que la voz de la antigua Fama, podrá estender hasta lo infinito y conservar para siempre las producciones de la inteligencia.

Habiase verificado un gran cambio en la vida terrestre. Dios, que hasta entonces habia querido que los pueblos se desarrollasen al abrigo del soplo disolvente de las ideas paganas, juzgando en su eterna sabiduría, que la civilizacion habia llegado á una robustez suficiente y que se habia penetrado bastante del espíritu del cristianismo para soportar el choque impetuoso de esas ideas y resistir á su accion corrosiva, asimilando todo lo que podian contener de útil, Dios retiró su mano, y permitió que Constantinopla que, en medio de las olas siempre hinchadas é hirvientes de la barbarie, habia permanecido como el arca única de la antigua civilizacion, sucumbiese á los esfuerzos redoblados del poder Otomano. Entonces una multitud de sabios, herederos de las tradiciones greco-romanas, huyendo de esos muros que los habian tanto tiempo abrigado, y donde ya no habia para ellos proteccion ni seguridad, vinieron á pedir un asilo á la renaciente Europa que los acogió llena de entusiasmo. La Iglesia, amiga siempre de las ciencias y de las artes, sea cual fuere la parte de donde vengan, trató con distincion á estos ilustres desterrados. Ella recogió con afanosa solicitud la herencia de riquezas científicas y literarias que ellos traian consigo : ella la hizo fructificar para los pueblos y se la apropió purificándola en el crisol de la fé. Leon X viene á ser un nuevo Augusto : él se apasiona por todas las glorias de la inteligencia ;

crea el gran siglo que lleva su nombre, y uniendo en esta cima la moderna y la antigua civilizacion, coloca en el punto de union de los dos mundos la cátedra pontifical que los rige, y la que, semejante á un faro gigantesco, ilumina el pasado y proyecta sus brillantes destellos sobre el porvenir.

Si, pues, una época se personifica en los grandes hombres que ha producido, ¿cuál otra puede ser mas digna de gloriosa remembranza que aquella cuyo bosquejo acabamos de trazar imperfectamente? ¿Dónde se encuentran pontífices mas augustos que Gregorio el Grande, Gregorio VII, Inocencio III y Leon X? ¿Soberanos mas ilustres que Carlo-Magno, Alfredo el Grande, San Luis y Fernando el Católico? ¿Personajes mas santos que los Remigios, los Agustinos, los Bonifacios, los Bernardos, los Franciscos de Asís, los Domingos, los Tomases de Aquino y los Vicentes de Ferrer? ¿Mujeres mas piadosas, mas puras, mas heroicas, que las Clotildes, las Blancas de Castilla, las Isabeles de Hungría, las Catarinas de Sena y las Juanas de Arco? ¿Guerreros mas valientes que los Rolandos, los Godofredos de Bouillon, los Rodrigos, los Du Guesclin, los Bayardos, los Gonzalos de Córdoba? ¿Sabios mas célebres que aquellos de que hablamos siempre y á los cuales se pueden añadir un Lanfrac, un Abelardo, un Gerbert, un Juan Occam, un Raimundo de Lulle? ¿Dónde señalar, en fin, una teoría mas imponente de hombres ilustres por todas las glorias, y para cuyos nombres solo, se necesitaria formar un volúmen? Y si una época se caracteriza por sus obras, con cuánto esplendor debe brillar en la historia la que ha podido sacar del caos de la barbarie y conducir en unos cuantos siglos á un grado de civilizacion superior al de la antigüedad, naciones como la Francia, la Inglaterra, la Alemania, la España, la Italia, y colocar á los pueblos de Europa sobre todos los pueblos del mundo?

Pero como el arquitecto es superior al obrero, y mas superior todavía al edificio, así á la cruz, nueva reina de la libertad, es á la que pertenece toda gloria y á la que se debe todo reconocimiento.